

---

# LA UNIVERSIDAD EN LA ÉPOCA DE LA COMUNICACIÓN DE MASAS: EL PAPEL DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Félix Ortega

La Universidad es una institución marcadamente tradicional. Su larga andadura histórica la hace recurrir con frecuencia a una fundamentación retrospectiva: volverse a su pasado para encontrar en él la razón de ser y nuevos estímulos para seguir siendo. Tradicionalismo que también se halla en los contenidos que transmite, básicamente organizados en torno a conocimientos que ya han sido suficientemente contrastados y cuentan con el respaldo de prácticas académicas consolidadas. A los métodos de trabajo universitarios cabe hacérseles una imputación similar: dependen más de la transmisión que de la elaboración de nuevos conocimientos. El resultado es un tipo de conocimiento mistificador propio a los que puedan conseguirse en ámbitos extrauniversitarios. Asimismo, se desarrolla una actitud de *recelo*, cuando no de rechazo, hacia nuevos campos de conocimiento que no se han iniciado ni principalmente constituido en alguno de los *corpus* universitarios al uso.

Y, sin embargo, la expansión del conocimiento que ha acompañado al desarrollo técnico y económico, no siempre se ha debido a la Universidad. Ni tampoco la generalización de ésta le ha permitido dotarse de una mayor capacidad de dominio e influencia en las mentalidades sociales. De manera que con su crecimiento cuantitativo, la Universidad ha logrado una plena institucionalización social; pero simultáneamente la puesta en cuestión de sus competencias y virtualidades. Con lo que anclada en el recurso al pasado, que le devuelve una imagen precisa y

poderosa, vive en una situación de permanente ambigüedad: reivindicar las funciones y objetivos que específicamente le pertenecieron, en una época en la que empieza a perderlos o compartirlos (y no siempre en condiciones ventajosas) con otras instancias sociales.

En este contexto, la situación resulta particularmente complicada para las ciencias sociales. Surgidas en los inicios de las sociedades industriales, en sus postulados teóricos convergían dos modelos diferentes: el de la ilustración y el de la reacción coservadora. Progresivamente, la coexistencia de ambos paradigmas proporciona a las ciencias sociales, a fines de la pasada centuria, un doble código de valores a la hora de tratar de explicar estas sociedades. De un lado, el enfoque *crítico*, que le lleva a tomar distancias del orden social en un intento del dotarle de una racionalidad que no se identifica con la realidad en su configuración presente. De otro, la perspectiva *legitimadora*, destinada a hacer de lo real el único criterio de racionalidad posible. Mientras el equilibrio entre los dos principios resultó viable (tal y como aconteció con la llamada "Sociología clásica"), la relación de los productos académicos en ciencias sociales con la realidad estaba asegurada. A medida que se fueron escindiendo, a la Universidad fue a parar el modelo crítico, y el legitimador encontró su ámbito de desarrollo propio fuera de aquella institución. Ciertamente, la separación de estas dos esferas no es total. Lo más frecuente es que la Universidad se use como un refuerzo que sirve para respaldar las acciones emprendidas en la esfera extraacadémica. Pero esta última dispone de autonomía teórica y metodológica y, lo que es más importante, de considerables recursos económicos. Las ciencias sociales en la Universidad se han ido por ello desvinculando de los procesos reales y, por ende, transformando en esquemas altamente críticos pero inoperantes, con una proyección cada vez más débil sobre la conciencia colectiva. De manera que una considerable proporción de fenómenos sociales nuevos han merecido escasa atención de los discursos académicos, que se han vuelto críticos pero no por su profundidad sino por su futilidad.

En necesario volver a reconciliar estos ámbitos, ahora bastante alejados. Tal objetivo requiere efectuar un análisis de las transformaciones habidas en la Universidad, especialmente en lo concerniente a sus funciones sociales. Asimismo es necesario replantearse el papel que ha de corresponder a las ciencias sociales en una sociedad cuyo orden cultural es muy diferente de aquél en el que aquéllas ciencias emergieron.

## La crisis estructural de la Universidad

Durante largo tiempo, la Universidad se ha venido forjando como una institución en la que se depositaba y elaboraba el saber superior y de excelencia. Originada en las corporaciones de enseñantes y en los Colegios medievales, todas las corrientes y movimientos intelectuales posteriores fueron engrosando su acervo (E. Durkheim, 1982): Marcada permanentemente por su sentido de la universalidad, a ella debía corresponder plantearse (y eventualmente responder a los problemas cruciales de cada momento histórico). En parte por esta razón, y en parte debido a que el acceso a la Universidad era muy restringido, la institución y sus contenidos tuvieron siempre un carácter *aristocrático*.

Pero este modelo inicia su declive a mediados del siglo actual. Entre otras, por dos causas principales. La primera de ellas se encuentra en el *uso social del conocimiento*. El capitalismo obtiene ahora sus beneficios en virtud de un expansivo sector servicios que necesita emplear como fuerza de trabajo principal no la fuerza bruta, sino la información y los conocimientos científicos y la ingeniería social (Bell, 1976, 15 ss). Producir conocimientos útiles desde la perspectiva de la organización económica y social se convierte en un sector estratégico y prioritario. Estos conocimientos se encuentran, primeramente, en la Universidad. De ahí el fuerte auge que alcanzarán las norteamericanas. Pero la Universidad es una institución que, además de disfrutar de un cierto margen de autonomía, es también un ámbito en el que el conocimiento elaborado no es siempre directamente utilizable en los procesos productivos. Aun más: la institución y sus prácticas pueden resultar en ciertos momentos particularmente conflictivos con el orden social. En fin, la lógica académica impone en no pocos casos objetivos que si bien son prioritarios para ella distan de serlo para los intereses del mercado. Razones por las que la Universidad no resulta ser del todo fiable: no proporciona a la estructura económica lo que quiere, cuando quiere y con la rapidez deseada. En consecuencia, paralelamente a esta institución han ido apareciendo corporaciones destinadas a producir conocimientos. Bien es cierto que el personal de estas últimas puede proceder, como así sucede, mayoritariamente de la Universidad. Pero su práctica se desarrolla en otro marco, conforme a otra racionalidad y según ritmos y metas que difieren radicalmente de los del universo académico. En el caso de no ser así y mantenerse el oligopolio universitario, sus aportaciones a los procesos

productivos se efectúan de acuerdo con los estándares establecidos por los patrocinadores en turno.

Más hay otra causa no menos decisiva de la paulatina postergación de la Universidad. Esta *se ha integrado como un ciclo más a las redes escolares*, cuyo objetivo consiste en hacer efectiva la igualdad de oportunidades y promover la movilidad social. De la reorganización escolar se han derivado cambios sustantivos para la Universidad (F. Ortega, 1992a). El primero de ellos ha consistido en hacer de la misma un centro de *masas*, frente al de élites anterior. En segundo lugar, las motivaciones que deciden el acceso de los estudiantes al mismo tiempo que ver más con razones extrínsecas (la *promoción social*) y menos con las directamente ligadas a la racionalidad de la institución (el conocimiento). En tercer lugar, el énfasis académico se ha desplazado de la creación del saber (investigación) a su transmisión (enseñanza). Por último, reservada por el sistema social a realizar la proclamada igualdad de oportunidades en virtud del principio meritocrático, la Universidad ha de hacer frente no sólo a la *presión social* que se origina (todo el mundo ha de estudiar y además aprobar), sino también a los *desajustes* entre la oferta académica y las demandas de los mercados laborales. Acumulación de tareas que no sirven para proporcionar un perfil definido ni una posición social estable. Mas bien acontece todo lo contrario. La naturaleza de la institución, sus prácticas y objetivos se difuminan, convirtiéndola en un campo de Agramante en el que se disputa de casi todo y muy poco de los saberes, sean cuales fueren éstos.

Convertida en ámbito en el que se dirimen intereses de los más variados, y responsabilizada de fracasos y disfunciones que tienen su causa y resolución en otras instancias, la Universidad sufre una *doble contestación*: interna y externa. La *externa* es resultado de la frustración de las expectativas crecientes en torno a la educación. Al ser la educación prácticamente el único mecanismo universal de diferenciación social, las aspiraciones educativas se han acrecentado en todos los países al mismo tiempo que comenzaba a comprobarse que sus efectos reales se desviaban notablemente de los idealmente proclamados por la ideología de la igualdad de oportunidades. En virtud de ello, la opinión pública, si bien no ha reducido su nivel de aspiraciones en títulos académicos, ha cambiado sin embargo, en la valoración que hace del sistema escolar. Ahora se le percibe como de baja calidad, desconectado de la realidad (siempre económica) y cuya tarea más relevante es mantener futilmente ocupados

a los niños y jóvenes *mientras* llega la verdadera ocupación, el trabajo. La pérdida de prestigio del sistema escolar en su conjunto (ya sea de sus agentes, de su contenido o de sus resultados) es hoy un hecho incuestionable. El cual lleva a ese estado de permanente desasosiego en que viven las instituciones educativas, sometidas a reformas incesantes e inciertas.

La contestación *interna* tiene consecuencias más estructurales. La misma se ha realizado en dos frentes, el teórico y el práctico. Por el primero, se han subrayado los efectos perversos que pueden atribuirse a todo sistema de enseñanza. Bajo esquemas teóricos e ideológicos diversos (la reproducción, la disciplina, la doble red, el currículum oculto, la correspondencia), se ha mostrado un sistema profundamente desigualitario: porque reproduce las desigualdades preexistentes y produce otras nuevas que se acumulan a aquéllas. En la práctica, la contestación ha pasado por varias fases: la revuelta estudiantil, la desescolarización y la denominada educación "no formal". Actitudes todas ellas que sin liberar al sistema escolar de su carga de masificación, convierten su acción en algo banal si se la compara con otras prácticas educativas realizadas fuera de su marco.

Este conjunto de conflictos alcanza su cénit en la Universidad. Es en ella donde convergen el nivel de aspiraciones más alto y las vinculaciones más directamente perceptibles con la estratificación socioprofesional. Mas al tiempo que estas vinculaciones se desdibujan, se produce en el interior del mundo académico un proceso decisivo. Cuanto tiene que ver con la creación y transmisión de conocimientos se convierte en elemento secundario, de suerte que a la disciplina intelectual se le reserva poca atención. En áreas como las ciencias sociales y las humanidades, cada vez es más dominante el modelo mass-mediático. Con él nos hemos encontrado, y no será por última vez. Porque como veremos, hay un trasvase de funciones de la Universidad y de los grupos sociales en ella integrados hacia el mundo de la comunicación de masas.

### **De las élites a las masas: La confrontación de la Universidad con los medios de comunicación**

El periodo de extensión de la Universidad a estratos sociales cada vez más amplios, coincide con el intenso desarrollo y consolidación del



mundo y de la comunicación de masas. Este y aquélla, además, se dirigen a públicos muy similares. Las cohortes más jóvenes, que encuentran mayores oportunidades de acceder a los estudios superiores, son también las más expuestas a los mass-media y a sus influencias. Pero no sólo se dirigen a los mismos grupos sociales; también actúan sobre el mismo ámbito, el *conocimiento*. De manera que la confrontación entre Universidad y medios de comunicación es inevitable.

Sin duda alguna, las relaciones entre ambas instituciones son multifacéticas y complejas. Hay una circularidad de influencias y efectos recíprocos. Mas ello no quiere decir que las dos dispongan de la misma capacidad de modelado social e individual. Porque no son las mismas sus funciones, ni el rango que se les otorga, ni tampoco el crédito de que gozan.

Para empezar, conviene subrayar la muy diferente naturaleza de Universidad y mass-media. Aquélla pertenece al "reino de la necesidad" y como tal es percibida; esto es, un ámbito caracterizado por la obligación de cuanto en él se lleva a cabo. Exige método y disciplina, así como diferir las gratificaciones y eventual rentabilidad de sus prácticas y contenido. La lectura en el tipo ideal universitario no es resultado espontáneo del ser humano, sino consecuencia de un trabajo de escesis intelectual que exige esfuerzo y ciertas renunciaciones. Por el contrario, la comunicación de masas pertenece por completo al "reino de la libertad". En virtud de esta propiedad, el acercamiento a los medios activos y a las actitudes relajadas, y su uso produce gratificaciones inmediatas. Y Aunque el consumo de estos medios se halla sometido a rituales altamente codificados, los mismos no forman parte de prácticas sociales destinadas a sobrevivir, sino a todo lo contrario, despreocuparse de las exigencias que la vida cotidiana impone. Por todo ello, mientras la obligación de la cultura universitaria es vista como una imposición que genera rechazo, la cultura de masas de los medios forma parte del existir liberado de imposiciones capaz de producir adicción. De manera que mientras la cultura de masas se dirige al *homo ludens*, la cultura universitaria requiere actitudes propias del *homo faber*.

El dominio cultural de la comunicación de masas encuentra, por tanto, vías de penetración más fáciles que el de la Universidad, dado que las resistencias al mismo son pocas y débiles. Pero es más la Universidad ha de hacer frente a una dificultad añadida: el tipo de gusto cultural difundido por los medios y con el cual llegan los jóvenes a sus aulas. La

tradición cultural de la Academia se basa en la aplicación de los métodos científicos a la resolución de problemas. Para lo cual es necesario recorrer un camino caracterizado por la parsimonia, empleando continuamente controles y pruebas de falsación, todo ello para llegar a resultados inciertos y siempre relativos y por ende provisionales. El conocimiento así obtenido se acumula y se va elaborando en síntesis lógicamente ordenadas. La duda como método y la sistematicidad no son, desde luego, propiedades atribuibles a la cultura de masas de los medios. Acuciados por la rapidez e inmediatez de los acontecimientos y por las exigencias de los diversos soportes y formatos, los medios propagan un tipo de conocimiento pocas veces verificado y fragmentario y atomizado. Un conocimiento, además, tan fácil de aprender como de olvidar: fugaz y efímero como las modas. Y por si fuera poco, dotado de la atracción de las narraciones imaginarias.

Formados en este gusto cultural, los jóvenes de hoy encuentran dificultades para adaptar su pensamiento mass-mediático a los usos académicos. Mas aun cuando la crisis universitaria antes descrita contribuye a devaluar su imagen frente a la cada vez mayor presencia y prestigio de la comunicación de masas. Porque es ésta la que define actualmente la realidad, otorgando dentro de la misma rangos y jerarquías a ciertas manifestaciones (*agenda setting*), y soslayando u ocultando otras (*espiral del silencio*). En virtud de estos efectos, las posibilidades de ejercer la Universidad una acción eficaz sobre sus públicos son limitadas. Y ello no sólo por su menor (y siempre discutido) crédito social, sino también por el retroceso de las prácticas de que la Universidad dispone para ejercer su influencia: la lectura y el estudio. La lectura es un hábito en franco retroceso entre los estudiantes universitarios (Bloom, 1989, 63 ss). No afirmo que no leen; pero sí que lo hacen en menor medida y no por gusto sino por imposición docente. Mas leer y poco y a disgusto no presupone favorablemente al estudio, sino todo lo contrario. De modo que estudiar deviene una obligación más, carente de significado intrínseco y solamente realizada con vistas a pruebas o exámenes. Y sin lectura y reflexión no hay escritura posible; escritura, claro está, con sentido.

Situada en esta posición de subordinación respecto de los mass-media, la Universidad ha desarrollado dos respuestas diametralmente opuestas: bien el *rechazo* más radical de los mismos, bien su *entrega* más absoluta a ellos. En el primer caso, la Universidad ha pretendido mantenerse en la posición elitista que otrora le caracterizó: el saber superior es un

producto de la Academia a salvo de la contaminación de la cultura (degradada) de las masas. En el segundo, la Universidad deviene una institución cuyo objetivo no sería otro que el de proporcionar recursos y personal para la pujante industria de la conciencia que son los medios. Pero la realidad dista de agotarse en una u otra de estas posiciones extremas. Por más voluntarista que se sea, la preeminencia de los medios es imposible negarla. Y tampoco es posible acabar con la propia racionalidad del mundo académico. Ahora bien, una vez que hemos reconocido sus (relativas) autonomías, conviene puntualizar que la intensidad y la dirección de las influencias entre ellas es muy diferente. La Universidad es la que más ha incorporado a su estructura modelos, pautas y valores procedentes de la comunicación, que, a su vez, es menos proclive a adoptar criterios provenientes de la primera.

La Universidad ha sido influida por la comunicación de masas de varias maneras. De entrada, ha tenido que actuar sobre unas clientelas cada vez más próximas en sus características a los públicos masivos y amorfos sobre los que intervienen los medios. Como éstos, la Universidad empieza a organizar las situaciones de enseñanza a partir de relaciones basadas no en el contacto personal profesor-alumnos, sino en comunicaciones a una masa estudiantil impersonal escasamente reactiva. Es igualmente frecuente que la enseñanza superior utilice los recursos tecnológicos propios de los medios para ejercer su actividad didáctica. Hay otras influencias más sutiles, pero no por ello menos decisivas. En concreto, se trata de la presión que ejercen los medios para que sus intereses y concepciones del mundo encuentren acomodo en los currícula universitarios. La crítica vertida en los medios de comunicación acerca de la congruencia, adaptación e interés de contenidos y titulaciones es un poderoso estímulo para acometer planes de reforma de los estudios superiores afectados. Pero el efecto probablemente más determinante de todos es que los medios tienen el poder de establecer los rangos, las prioridades y las jerarquías de cuanto acontece en los espacios públicos. De este modo, someten a ciclos de interés/desinterés a cuantas actividades tienen lugar dentro del seno de la Universidad. Provocando así una dependencia bastante importante en la dinámica interna de la institución académica del énfasis selectivo que sobre ella ejerce la comunicación de masas. Es decir, pretenden hacer del currículum universitario un tema de actualidad más y, por lo mismo, sometido a las mismas leyes de las modas.



Ahora bien, dado que la Universidad es, según dije una institución tradicional, que difícilmente puede ajustarse continuamente al ritmo cambiante de las opiniones en voga, sus contenidos, alejados del incesante fluir del imperio de lo efímero impuesto por los medios, acaban por depreciarse al no poder alcanzar la condición de noticiables. Es por ello sumamente significativo que para los mass-media sólo resulta importante e interesante la Universidad cuando se pliega a sus demandas: generar grandes titulares; como ésto no es posible con la rutina académica cotidiana, se organizan las denominadas "Universidades de verano", que más que excepcionales, como los mass-media proclaman, son de excepción. Se trata de costosos montajes productores de temas noticiables para los medios de comunicación, y poco más. Por tal razón tales eventos son magnificados y simultáneamente se deslegitima la función de Universidad en sentido estricto. Justamente la única Universidad que investiga, elabora y difunde conocimientos con rigor alejado de los fugos fatuo y las charlas de opinión en que se suelen convertir los *happenings* estivales. Este modelo de "Universidad", en definitiva, es una réplica, bajo la legitimidad de la otra Universidad, de lo que los medios entienden por cultura: tertulias, opiniones sin contrastar, afirmaciones llamativas y apodícticas... La proyección que del mismo realizan los medios de masas le otorga un alto crédito y rentabilidad sociales hasta el punto de que toda Universidad que se precie, por más escasos que sean sus recursos presupuestarios, acaba por caer en la tentación de organizar sus cursos de verano.

La Universidad es también capaz de influir en los medios de comunicación. Principalmente a través de dos vías: el estudio científico de los medios y la formación de personal calificado para trabajar en ellos (Eco, 1990). Por el primero, es posible no sólo conocer su funcionamiento, sino también construir actitudes sociales hacia los mismos. Por el segundo, una parte del *ethos* universitario se instala en la estructura de los profesionales de los medios. Ambos efectos han sido posibles una vez que empiezan a superar los recelos mutuos entre Universidad y mass-media, dando paso a relaciones algo más cooperativas. Gracias a estos cambios, la Academia ha acogido en su seno estudios reglados cuyo objeto es la comunicación de masas, y ésta ha dejado de ser autárquica para venir a dar acogida a personas formadas en las universidades.

Este doble vínculo no significa, empero, que ambas instituciones mantengan posiciones equilibradas en lo concerniente a las recíprocas

influencias. Dado que en nuestra sociedad el status sólo se consigue a través de la notoriedad pública atribuida por los mass-media, las élites intelectuales de la Universidad cuentan poco por sí mismas. Su relevancia social, en caso de conseguirla, es un producto más debido a la comunicación de masas. De este modo, el liderazgo social que la Universidad desempeñó en las sociedades burguesas hasta la Segunda Guerra Mundial, se ha transferido a los protagonistas de los medios. El hecho resulta particularmente intenso en materias como las ciencias sociales y las humanidades. Por el objeto de estudio y los problemas abordados, estas disciplinas se ocupan de estudiar el espacio público. Y éste es en la actualidad un terreno cada vez más monopolizado por la comunicación, que ha absorbido competencias propias de aquellos saberes académicos. Merece la pena que nos detengamos en analizar este hecho.

### **De los científicos sociales a los líderes de opinión**

Uno de los objetivos que a la Universidad se le han venido asignando es la de formar a los intelectuales. Estos tenían por cometido la dirección cultural de la sociedad por medio de la creación de marcos de conocimientos significativos. Esta función de liderazgo social era competencia sobre todo de las ciencias sociales, que desde su primera configuración en los inicios de las sociedades contemporáneas surgen ya con una clara vocación de poder. En efecto, sean como teoría positiva de la sociedad, sean como teoría crítica de la misma, tales ciencias se otorgan a sí mismas y a sus cultivadores una posición desde la que ejercer dominio social. Los científicos sociales devienen así (como "élite espiritual" comtiana, o como "intelectuales revolucionarios marxistas") en una élite de poder basada en el control de las instituciones y procesos de creación y distribución del conocimiento. Por su capacidad para organizar la representación simbólica del mundo, los intelectuales procedentes de la Universidad gozaron de un elevado *status* acorde con la importancia atribuida a su tarea. Mientras la Universidad produjo tal tipo de intelectual (y lo hizo en las grandes instituciones universitarias centroeuropeas del XIX y primera mitad del XX), su crédito social permaneció incólume e incluso se acrecentó. De este modo, la Universidad fue largo tiempo el marco en el que convergían los problemas más sustantivos de las sociedades industriales. Hasta el punto de que los conflictos universita-

rios tenían tal repercusión sobre el orden social, que provocaban rupturas e inflexiones del mismo de tal envergadura que exigían su reorganización.

Los últimos acontecimientos de esta naturaleza son el mayo francés de 1968, y conflictos universitarios similares acontecidos por la misma época en otros países. Estas rupturas marcan simultáneamente la culminación y la decadencia de los intelectuales universitarios sobre la sociedad. Culminación porque es el momento de máximo esplendor de la función directiva de las élites intelectuales de viejo cuño, en las que se acrisolaban las tradiciones universitarias, las de las ciencias sociales y las del marxismo. Pero decadencia porque entran en escena nuevos factores que arrebatarán la función de liderazgo social a este tipo de intelectuales. Estos factores no son otros que, al menos, los cinco siguientes: (1) la autoinmolación de la Universidad; (2) la trivialización cultural; (3) la desideologización; (4) la burocratización del intelectual, y (5) la emergencia del protagonismo cultural de los mass-media (cfr. Ortega, 1990, 148 ss.). Todos estos factores, que venían incubándose a lo largo de la década de los sesenta y ahora se manifiestan, cambian radicalmente el espacio público y las posiciones que en él ocupan los diversos agentes sociales.

La Universidad fue *autoinmolada* por los propios intelectuales pertenecientes a ella, en aras de una revolución que nunca llegó a ser. Pertrechados de los recursos conceptuales de las ciencias sociales, los sesentaiochistas y protestas académicas similares convirtieron a la Universidad en el catalizador de las contradicciones sociales. Creyeron que con la crítica radical a la Universidad primero, y la revuelta social protagonizada por los universitarios después, la revolución, sea cual fuere su significado, acabaría por realizarse. Pero nada de esto sucedió. El conflicto, con ser importante, no consiguió la adhesión de otros sectores sociales. Por ello se convirtió en un movimiento de contestación en el que el fracaso de la revolución social y política, se pretendió hacer la única revolución posible, la de la Universidad misma. Mas en el intento, la institución académica sufrió una intensa erosión en sus estructuras tradicionales, sin conseguir dotarse de una nueva y consistente organización. La crítica a la Universidad se convirtió en su crisis permanente. Desacreditada desde adentro, desconectada con el exterior, la Universidad devino una institución que servía poco para la ciencia (a la que se achacaba ser un instrumento de control social) y menos aun para

erigirse en líder de la sociedad (que veía en ella un mundo cargado de futilidad que además irrumpía disruptivamente en ella).

La cultura sufrió un doble proceso de devaluación. De un lado, la elaboración por la propia Universidad fue criticada por su carácter elitista y desvinculación de los problemas reales. De otro, se concedió la categoría de cultura a cualquier producto del ser humano, por más banal que sea o por más próximo a la naturaleza pasional que se encuentre. Relativismo cultural que suprimió cualquier criterio de calidad y excelencia. El resultado ha sido un polimorfismo cultural en el que la definición de que sea cultura queda en manos de quienes controlan los circuitos del consumo. De este modo, la cultura se *trivializa*; ya no es el fruto del esfuerzo humano y de una trayectoria histórica vinculada al progreso, sino cualquier tipo de distracción por muy alejada que se encuentre del pensamiento (Finkelkraut, 1987). En este contexto, tampoco puede haber criterios sustantivos para definir al intelectual. Cualquiera puede serlo; basta con disponer de los recursos publicitarios pertinentes. Lo cual exige, claro está, formar parte de alguna de las industrias de la conciencia en que se han convertido los mass-media.

Las utopías revolucionarias de la década de los ochenta suponen, además de su fracaso, la *liquidación de las ideologías*. Estas, que habían reemplazado a las religiones, proporcionaban marcos generales de conocimiento social. Mas la crítica a las ideologías se convirtió en uno de los temas centrales de la protesta. De este modo, el desencantamiento del mundo iniciado con la "muerte de Dios", tiene ahora su culminación: las ideologías son todas conservadoras, y las utopías resultan irrealizables. Tan sólo queda el conformismo o el radicalismo sin objeto. Esta última actitud es la adoptada por algunos movimientos europeos (en Alemania e Italia sobre todo) socialmente aislados. El conservadurismo, ya sin ninguna connotación política, será la postura más generalizada. Un conservadurismo nuevo, apegado a los valores propiciados por el consumo y la comunicación de masas. Un conservadurismo en el que ya no se exigen explicaciones de lo que acontece, sino simplemente que acontezcan cosas. La relativa bonanza económica ha permitido, además, generar la ilusión de que la historia había llegado a su fin (Fukuyama, 1992). Con esa fe típica de la mentalidad positivista tan extendida ahora entre las clases políticas occidentales (que en no pocos casos provienen del marxismo o del socialismo), se habría alcanzado la última etapa de la evolución social. Quedan pequeños desajustes, algunos efectos perversos

y residuos inaceptables del pasado. Mas las actuales organizaciones sociales dispondrían de los recursos adecuados para resolver estos y otros problemas que vayan surgiendo. El presente lo es todo. El pasado es mejor olvidarlo (es la "prehistoria") y el futuro es la repetición (perfeccionada) del presente. La sociedad abierta se ha cerrado definitivamente, y quien lo vea así se convierte en su enemigo. Por tal razón, cuestionarse esta sociedad, poner de manifiesto sus contradicciones y estimular alternativas a ella no sólo encuentra una fulminante descalificación de las élites del poder, sino simplemente carece de público dispuesto a prestar atención a tales argumentos. Estas funciones, que son precisamente las propias del intelectual, precisamente son estas funciones, las que despojadas de apoyos sociales se vacían de sentido.

Sin una posición coherente, despojado de sus atributos por instituciones más poderosas y sin públicos a los que dirigirse (a menos que así lo decidan quienes controlan la comunicación de masas), el intelectual de nuestra época se ha reconvertido en un *burócrata*. Ciertamente existe una larga tradición de intelectuales burócratas, particularmente en los partidos marxistas. Pero no es este intelectual al que me estoy refiriendo, el cual, por lo demás prácticamente ha desaparecido con la crisis del marxismo. Aludo a esos otros intelectuales que por necesidades de supervivencia han pasado a engrosar las nóminas de alguna de las grandes corporaciones, ya sean públicas o privadas. Se trata ahora de algo más determinante para la posición del intelectual que la dependencia ineludible que éste ha tenido en todo tiempo y lugar de un mecenas (personal o institucional) para sobrevivir. Las organizaciones sociales en las que se inserta ahora han absorbido sus funciones de tal manera que fuera de aquéllas el intelectual no es nada porque sus discursos no pueden llegar a nadie. Y sin un público al que persuadir y que reconozca su condición, el intelectual no existe. Inmerso en las organizaciones culturales de nuestro tiempo, el intelectual pierde sus atributos específicos, la creación cultural y la disidencia, para convertirse en simple ejecutor de las políticas culturales por otros diseñadas.

El factor que más ha contribuido a metamorfosear la posición y el papel del intelectual se encuentra en las características de la comunicación de masas. Es ella la que por un lado ha debilitado a los intelectuales de viejo cuño, y por otro ha generado un tipo de intelectual *ad hoc* (Ortega, 1992b): el intelectual mass-mediático, que no es otro que el líder de opinión. Las experiencias sociales significativas se adquieren



actualmente en el *espacio público*. Es en él donde se encuentran los sistemas valorativo-normativos y que orientan y regulan los modos de conocimientos y las actitudes sociales. Y este espacio público no es otro que el delimitado por la comunicación de masas, en parte creación específica suya, y en parte apropiación de los preexistentes ámbitos político y cultural. De este modo, es un espacio que pretende *ser representativo y normativo* a la vez. Representativo porque a través de él se expresaría la sociedad civil en forma de opinión pública. Y normativo porque difunde un universo moral prescriptivo. La representación de este nuevo espacio no es ya la que tiene lugar a través de los procesos electorales, sino en virtud de la combinación de técnicas científicas tales como los sondeos y encuestas de opinión, y de mecanismos interactivos que permiten dar acogida a los puntos de vista de los públicos (J.-M. Ferry, 1992). Es también gracias a esta relación más inmediata de los medios con la sociedad como les resulta posible erigirse en referentes inexcusables de las pautas de conducta social. Ellos, son ahora los que normalizan la sociedad al construir el tipo medio de persona y los valores congruentes con ella.

En consecuencia, los mass-media se convierten en “intelectuales colectivos” o, como he señalado en otro lugar, en “nuevos intelectuales orgánicos” (Ortega, 1992b). Su liderazgo estriba ahora en el gobierno de la opinión, sobre todo ejerciendo sobre ella tres funciones principales: la legitimación del orden social en virtud de su capacidad para regular la vida cotidiana; la moralización (en su doble vertiente de vigilancia y pedagogismo moral), y el otorgamiento de relevancia y notoriedad (bid.). Mas no termina la influencia de estos intelectuales en la conducción de la opinión; va más allá. Produce un nuevo modelo de cultura cuyos rasgos más sobresalientes se confunden con la estructura misma de la sociedad de masas. Esto es, una cultura cuyas normas son uniformes (homogeneizan y nivelan el orden simbólico) y al tiempo fluidas (fácilmente cambiantes) (Kornhauser, 1969, 99 ss). En virtud de tales propiedades, la cultura se separa claramente de pruebas y controles racionales para venir a instalarse en un terreno en el que todo, absolutamente todo, es equiparable, y donde no existen otros criterios de validez cultural que no sean los de la hábil y nunca necesitada de fundamentación racional opinión de las mayorías.

Esta lógica, que en el dominio político tiene su razón de ser y el resultado de procesos en los que se han ido generalizando derechos de

ciudadanía, primero civil, después política y finalmente social y económica (Hirschman, 1991, 11 ss), trasvasada a la cultura sólo tiene efectos perturbadores para la misma. Ya que, como ha señalado Bloom (1989, 256 ss) comentando a Tocqueville, el gran peligro de la democracia es el sometimiento absoluto a la opinión pública. Una cosa es que existe igualdad fundamental entre todos los ciudadanos, y otra muy diferente es que todas las opiniones sean culturalmente iguales. "Si todas las opiniones son iguales, entonces debe prevalecer la mayoría de las opiniones, en analogía psicológica con la política (...) Así, pues, salvo que exista alguna poderosa razón para oponerse a la opinión de la mayoría, ésta prevalece inevitablemente. Esta es la forma realmente peligrosa de la tiranía de la mayoría, no la que persigue activamente a las minorías, sino la que quebranta la voluntad interna de resistencia porque no existe ninguna fuente cualificada de principios no conformistas, ni sentido alguno de un derecho superior" (Bloom, 1989, p. 257). De este modo, se carecería de cualquier criterio que permitiera diferenciar el conocimiento verdadero del falso; la cultura de excelencia de la de pacotilla. E incluso resultaría difícil separar las ideas de los valores. El reinado de la opinión, en definitiva, consagra el imperio del "gusto" sobre la razón. Un postulado que llevado a la práctica por vez primera en el Barroco (J.A. Maravall, 1980), se ha vuelto hoy un elemento sustantivo de la cultura, ya sea la de élite (Calabrese, 1987), ya sea la de masas (Finkelkraut, 1987).

Instalados en el *eclecticismo cultural*, ¿tiene algún sentido la Universidad más allá de preparar, cuando lo hace, profesionales? Y las ciencias sociales, ¿pueden desempeñar algún otro cometido que trascienda el de ser meros recursos empleados por los mass-media para crear opinión pública? ¿Qué contenidos cabe atribuir hoy a la función intelectual? Responder a estos interrogantes es plantearse el lugar que corresponde a la razón en nuestro mundo.

## El retorno a la razón

El desarrollo de la razón humana dista mucho de seguir una línea de avances ininterrumpido. Antes al contrario, son frecuentes los retrocesos y repliegues a impulsos de la emergencia de fuerzas irracionales. Es el caso del proceso de modernización acontecido en las sociedades industriales. Si de una parte ha sido posible gracias a la intervención creciente

de la razón en la resolución de problemas, de otra ha favorecido también a componentes cargados de pulsiones pasionales. De hecho, una parte de la racionalidad típica del progreso, tal y como se ha entendido en Occidente, ha generado como un efecto perverso el socavamiento de la razón. Dos elementos de esta modernización me parecen especialmente responsables de tal resultado. En primer lugar, la *racionalidad pragmática*, que ha presidido la mayoría de los procesos de transformación técnica y material, ha llevado en el plano social a la *cosificación* del mundo. Este concepto, elaborado en la tradición marxiana, sobre todo por Lukács, pero igualmente presente en las obras de Weber y Simmel, continúa siendo válido para describir el tipo de interacción social prevalente en nuestra sociedad. El acontecer social parece como si obedeciese a cierto tipo de leyes, en parte económicas, en parte biológicas, que se escapan del control de los seres humanos concretos. La organización de la sociedad en torno al consumo, intensifica aun más la cosificación, ya que el mero tráfago de objetos agota el sentido de la existencia.

En segundo lugar, el repliegue de la razón es una consecuencia del avance de la *opinión*. Esta, basada en simples impresiones y sentimientos, carente de contenidos reflexivos, ha propiciado la aparición de una cultura que podemos caracterizar de *eclecticismo acrítico*. La adhesión al orden positivo como una realidad incuestionable, en la que además todo cuanto en ella existe se justifica por su mera existencia, permite el avance de la irracionalidad bajo la aparente cobertura de un pluralismo y una diversidad culturales que da cabida a cualquier ingrediente, por más alejado de la razón humana que se encuentre. La opinión, que se presenta en nuestro tiempo como el triunfo de lo universal (la “aldeanización” macluhiana), no es otra cosa que el desplome de los valores universales. Lo que ha hecho es precisamente propagar la creencia particularista: no hay principios universales, sólo aquéllos que son propios de cada ámbito concreto. No ha universalizado el mundo; lo ha aldeanizado. Y los conflictos de esta naturaleza no han tardado en manifestarse. El tribalismo (racial, nacional, religioso) asola hoy a las sociedades postindustriales. Parece como si no existiese, y caso de existir careciera de toda vigencia, algún principio universal para el género humano.

En esta situación revitalizar la razón es una necesidad perentoria. Mas, ¿qué tipo de razón? No desde luego las formas de racionalidad que acabamos de ver. Tampoco resulta válido el retorno a alguna forma de

idealismo basado en la crítica teórica o ideológica. Dado el predominio que en nuestras sociedades ocupa la comunicación de masas, y que es en ella donde se entrecruzan vida privada con espacio público, la racionalidad de nuestro tiempo ha de ser forzosamente una *razón crítica de la acción comunicativa*. La expresión, que corresponde a Habermas (1987), la emplearé en un sentido que no se corresponda fielmente con el suyo.

Las acciones comunicativas por antonomasia son, en nuestras sociedades, las que tienen lugar en el campo de los mass-media. De la dinámica de estos medios se derivan efectos fundamentales para, al menos, los siguientes ámbitos: el campo político, el orden de las representaciones colectivas, el sistema normativo, la vida privada y el pensamiento y la conciencia individuales. La oposición público-privado es superada por este tipo de comunicación, ya que lo que caracteriza su modo de funcionamiento es la continua intervención modeladora de las instituciones públicas sobre los aspectos más recónditos de la intimidad.

La lógica que preside el mundo de la comunicación de masas no es otra que la de la racionalidad pragmática y la de la opinión. Abandonados a sí mismos, estos medios continuarán reproduciendo una racionalidad sin razón. Y por ello mismo reforzando y, en parte, construyendo un mundo desprovisto de aquélla. La superación de tal estado de cosas no puede provenir sino de la reconciliación de las instituciones en donde la razón aun juega algún papel con el mundo de la comunicación. Esto es, la Universidad de un lado, y de otro las ciencias sociales. Pero para que esto sea posible, se requieren algunas condiciones previas. Dos son, a mi entender, las más imprescindibles. Una, que la Universidad en general y los científicos sociales en particular eliminen el *prejuicio elitista*, que les lleva a percibir los medios de comunicación como una realidad cultural de segundo orden, cuya proximidad contamina, para ver en ellos uno de los objetos de análisis centrales de cualquier disciplina social. Sólo superando esta actitud es como la Universidad y las ciencias sociales abandonarán la futilidad académica que tan pesadamente lastra su sentido y posibilidades de intervención sociales. Dos, los medios han de renunciar a la *competencia desleal* que ejercen sobre el mundo universitario, al que con tanta frecuencia deslegitiman.

La Universidad es, a pesar de su crisis y carencias, el único ámbito en donde todavía se cultiva la razón por sí misma; su uso instrumental preocupa menos. De ahí que sea preciso que la institución resista al máximo las presiones para convertirla en un simple centro profesional.

Por supuesto que de ella saldrán personas con una marcada orientación profesional; pero tal virtualidad de los títulos académicos no puede implicar que sus contenidos sin más de las respectivas profesiones. Además, la relativa autonomía de que goza le debe permitir resistir también la presión uniformadora y, por qué no decirlo, no siempre justa de la opinión pública. De este modo, la Universidad podría superar el irracionalismo creciente generado por el pragmatismo ya ultranza y la opinión pública sin límites.

Para lograrlo, la Universidad tendrá que empezar por vencer el desánimo y un cierto derrotismo que le caracteriza como consecuencia de la crisis en que se debate. Asimismo, será necesario asumir que la Universidad es una institución elitista: no por las clientelas a las que se dirige, sino por el tipo de conocimiento que elabora, lógicamente diferente del de la cultura de masas que sólo obedece a la opinión. Por último, tendrá que integrar la imprescindible tradición en que la institución se fundamenta, con una atención continua a cuantos problemas vayan surgiendo. Bien entendido que la Universidad no puede convertirse en un foro en el que se debatan sin más problemas actuales; para eso ya están los mass-media. Lo que la Universidad puede y debe hacer es aplicar la crítica teórica, por tanto, científicamente fundada, a la dinámica social. Mas siempre abordando esta última no de manera fragmentaria, como hace la comunciación de masas, sino dentro de procesos y tendencias más globales. Y todo esto ha de hacerse conforme a los dictados del pensamiento libre de los prejuicios y mitos propios de la opinión pública, que han de ser igualmente sometidos a la discusión racional.

A las ciencias sociales les corresponde una responsabilidad mayor en este objetivo de explicar racionalmente el mundo. No se trata de volver a la pretensión positivista de erigirse en élites de poder. Mas si de asumir el legado de proporcionar a los individuos y grupos sociales contenidos culturales que les permitan ser más libres por comprender mejor el funcionamiento de lo real. Esto no podrán realizarlo si los científicos sociales no asumen dos requisitos. El primero de ellos concierne a la lógica y presupuestos valorativos de su oficio. Mientras que estas ciencias no dejen ser, como tan frecuentemente sucede, simples legitimaciones de diversos poderes establecidos, muy escaso será su aporte a la racionalidad del mundo. Y ello porque la pretendida autonomía de los ámbitos que analizaban (la sociedad, la política, la conducta individual, la cultura...) se torna progresiva dependencia de un espacio que tiende a



englobarlos o, al menos influirlos a todos: el ámbito de la comunicación de masas. Y es que una de las tareas centrales de los científicos sociales en la actualidad estriba en analizar las falsas representaciones mentales extendidas por la comunicación de masas en los ámbitos más diversos de la vida social.

El sentido de las ciencias sociales reside en proporcionar modelos y claves cada vez más racionales del mundo, desenmascarando a cuantos busquen la finalidad contraria. Pero ellos no podrán conseguirlo sin preocuparse doblemente de la comunicación de masas: como objeto de estudio y como institución a la cual influir. Gran parte de la racionalidad/irracionalidad de nuestro mundo circula a través de los mass-media. De modo que sin estudiarlos y sin aspirar a modificarlos de acuerdo con los postulados científicos, resultará difícil, por no decir inviable, cualquier proyecto de sociedad conforme a principios ilustrados y universales. Esta presencia de las ciencias sociales en la comunicación de masas se requiere con urgencia para frenar la tendencia creciente a desplazar la razón por la opinión. De ahí la importancia estratégica que hoy tiene la formación de los periodistas, que lejos de ser exclusivamente profesionales que requieran tales o cuáles habilidades, son cada vez más expertos con competencia para abordar absolutamente todos los aspectos de la existencia. En razón de esta posición y funciones, han de disponer de un bagaje cultural amplio y profundo. Mas incluso en el supuesto de que eso sea así, los periodistas, por las condiciones en que han de efectuar su trabajo, no pueden acometer solos este objetivo. O si se prefiere, por la trascendencia y envergadura de sus cometidos, los mass-media desbordan el marco de una sola profesión. No se trata de arrebatarse a los periodistas su protagonismo en la comunicación de masas, sino de cooperar activamente con ellos a que las imágenes, fragmentarias y atomizadas, que del mundo proporcionan se organicen en un todo lógicamente coherente y racionalmente comprensible. Este, y ningún otro, es el gran desafío que hoy tienen por delante las ciencias sociales. De que lo consigan dependerá que nuestras sociedades sen más humanas, es decir, más racionales, o de que retrocedamos a formas tribiales de vida presididas por pasiones y sentimientos descontrolados. El dilema sigue siendo, también hoy, barbarie o civilización. Y las vías de penetración de una y otra son los medios de comunicación de masas. Soslayar este hecho sólo puede suponer para las ciencias sociales vaciarlas de todo contenido significativo.

## Bibliografía

- Bell, D., *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, Alianza, 1976.
- Bloom, A., *El cierre de la mente moderna*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989.
- Calabrese, O., *L'età neobarocca*, Bari, Sagittari-Laterza, 1987. (Hay trad. cast. en Cátedra).
- Durkheim, E., *La evolución pedagógica en Francia*, Madrid, La Piqueta, 1982.
- Eco, U., *Universidad y mass media*, discurso de investidura de doctorado "honoris causa", Madrid, Universidad Complutense, 1990, (mimeo).
- Ferry, J.-M., *El nuevo espacio público*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Finkelkraut, A., *La derrota del pensamiento*, Barcelona, Anagrama, 1987.
- Fukuyama, A., *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.
- Habermas, J., *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1987, 2 vols.
- Hirschman, A.O., *Retóricas de la intransigencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Kornhauser, W., *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.
- Maravall, J.A., *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1980.
- Ortega, F., *Las contradicciones sociales de la modernización*, Madrid, Edersa, 1990.
- , "La crisis de los sistemas escolares", en M<sup>a</sup> A. García de León F. Ortega, *Sociología de la educación*, Barcelona, Barcanova, 1992a.
- , "Los nuevos intelectuales orgánicos", *Claves de razón práctica* n° 24, julio-agosto, 1992a.